

“La muerte no tiene la última palabra, sino la vida. También los ejemplos que perduran con su efecto vivificante, la tienen.

No fue difícil elegir al primer Presidente de ACDE. No había duda en el grupo inicial sobre quien debería ocupar ese puesto. A pesar de sus 31 años, por su formación, su autenticidad y rectitud se imponía. Hablar con Enrique, como dijo Carlos Llorente, era un examen de conciencia.

A Enrique lo recordamos lleno de dinamismo, cargado con sus responsabilidades. Lo vemos con su famosa “libretita”, anotando las ideas que surgían en conversaciones casuales con amigos, o subordinados o en las abundantes lecturas y en propias reflexiones. Así fue reflejando la riqueza de su vida interior y de su intensa actividad, como si presintiera que sus días serían breves. Las muchas hojas de su “libretita” quedan como el testimonio de la historia de un alma, la historia del alma de un hombre de acción, de un empresario cristiano.

Enrique enriqueció, -elijo bien el verbo- con su formación, conocimientos y ejemplos, al grupo inicial de ACDE. A veces con testimonios heroicos.

Tenía la mirada aguda, una visión del desarrollo económico desde una perspectiva cristiana. Sus fundamentos doctrinarios eran sólidos. Su rica biblioteca exhibía la opinión ortodoxa, de diversas escuelas y autores del pensamiento cristiano.

Enrique con su integridad y coherencia de vida, atraía el respeto y el afecto. En el orden personal, fue mi mejor amigo y una de las personas que más ha influido en mi vida.

Enrique veía la función empresaria, como obra de servicio, de perfeccionamiento, de progreso, constructora de Paz, y un medio de promoción humana, además de servir al legítimo interés particular.

Quisiera destacar de una manera especial, el énfasis particular que Enrique ponía en la “actitud” como elemento de gran importancia empresaria. La actitud, que la concibe como una disposición interior y que constituye un elemento básico en las relaciones humanas en la empresa. Personalmente, dice Enrique, en uno de sus escritos, nada me ha impresionado tanto como el pedido que hace el Rey Salomón. El Señor le dice, pide lo que quieras que yo te lo concederé; Salomón responde: “Dadme Señor un corazón que escuche, para poder gobernar así a mi pueblo”. “Puesto que has pedido un corazón sabio e inteligente”... responde el Señor... es decir que para Dios, concluye Enrique, escuchar equivale a tener sabiduría e inteligencia. Condición de Jefe: Saber escuchar con la inteligencia y el corazón... una actitud.

Escribe en otra parte: “Hace unos años me he puesto en manos de Dios, en disposición de recibir de él, pero hace poco aprendí a ponerme en manos de los hombres. El dar es más fácil que recibir, hay cierto orgullo, debemos también aprender a recibir, eso me faltaba.

Vemos, como en todos sus escritos y como en toda su vida, reflejado, su compromiso vital del empresario cristiano, la respuesta de su Fe, del desafío de su Fe en un mundo materialista. No hay en Enrique, dicotomía, ni distanciamiento; entre su vida espiritual y profesional empresaria. Por el contrario, encontramos coherencia, unión.

Su más íntimo deseo lo encontramos, según sus palabras en la libretita: “Señor mío, ayúdame para que pueda en esta época materialista, hacer obra material y moral, en la que figure tu nombre y el de los más puros ideales, mostrando que son congruentes”.

Ojalá, pueda ACDE, seguir ese camino de hacer realidad proyectada en el tiempo y en

espacio social, obra material y moral, donde figure el nombre del Señor, y demuestre así que son congruentes...

Debemos agradecer a Enrique, por el mensaje que nos dejó...